

fuego y las chispas rojas que veía saltar, palidecer y extinguirse. Entonces me ocurrió pensar que tendré una vida muy corta, y me moriré sin haber hecho en el mundo nada de provecho.

—¡Simplezas! (dijo la señora Gradgrind, hablando casi con energía.) ¡Simplezas! No me digas esas tonterías, Luisa; bien sabes que si esto llegara á oídos de tu padre, ya nos había caído que hacer. ¡Después de tanto cuidado como se ha tenido con Vds.! ¡Después de tantos estudios y tantas experiencias! ¡Después de lo que yo misma te he oído en la época en que se me hinchó el costado derecho, cuando hablabas con tu maestro sobre la combustión y la calcinación, y la calorificación, y sobre todos los acabados en *on*, capaces de volver loca á una pobre enferma! ¡Y después de todo esto, vienes á hablarme de un modo tan absurdo, á propósito de chispas y de cenizas! Quisiera (continuó la señora Gradgrind, tomando una silla y lanzando su argumento más contundente, antes de sucumbir bajo estas sombras engañosas de hechos), quisiera, lo digo con verdad, no haber tenido nunca hijos. Entonces habría visto si podíais pasar sin mí.

## CAPÍTULO IX.

### Los progresos de Ceci.

Gracias á Mr. Mac Choakumchild y á la señora Gradgrind, Cecilia Jupe pasó muy malos ratos, y durante los primeros meses de su noviciado tuvo mil veces deseos irresistibles de abandonar aquella casa. Todo el día era víctima de una helada de hechos, y la vida en general se le presentaba con tal materialismo, que le parecía horrible.

Es muy triste confesarlo; pero el freno moral que la detuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética: muy al contrario; Ceci se lo impuso voluntariamente, á despecho de todo cálculo, aunque estaba en contradicción directa con todas las tablas de probabilidades que hubiera podido formar el más experimentado tenedor de libros. La joven creía que su padre no la había abandonado; abrigaba la esperanza de verle volver, y vivía en la persuasión de que le sería muy grato saber que estaba recogida en la casa de Mr. Gradgrind.

La deplorable ignorancia con que Cecilia se recreaba en este pensamiento consolador, rechazando la evidencia nada consoladora, apoyada en sólidas cifras de que su padre era un vagabundo sin corazón, inspiraba á Mr. Gradgrind una compasión mezclada con sorpresa. Pero, ¿qué hacer? Mac Choakumchild declaró que la niña tenía una inteligencia tan ruda, que no había forma de hacerle comprender una sola cifra; que teniendo una idea general de la conformación del globo, no había demostrado el menor interés cuando se trató de conocer las medidas exactas; que adquiría las fechas con deplorable lentitud, á menos que por casualidad se refiriesen á alguna miserable circunstancia histórica; que se deshacía en lágrimas cuando se le mandaba que dijese cuánto costarían doscientos cuarenta y siete gorros de muselina á un franco cuarenta y cinco céntimos cada uno; que ocupaba en la escuela el último lugar posible; que después de haber estudiado durante ocho días los elementos de la economía política, y preguntado cuál es el primer principio de esta ciencia, contestó: «No desear para el prójimo lo que no se desea para sí mismo.»

Mr. Gradgrind, moviendo la cabeza, observó que todo esto era muy triste; que demostraba la necesidad de uncir aquel entendimiento al carro de la ciencia, en vez de abandonarlo, en virtud

de sistemas, anejos, relaciones, procedimientos verbales y tablas explicativas desde A hasta Z; y que era preciso que Cecilia trabajase sin descanso. De modo que Cecilia, á fuerza de trabajar sin descanso, cayó en una tristeza profunda, sin conseguir ser más sabia.

—¡Cuánto desearía estar en el lugar de V., señorita Luísa!—dijo un día en que ésta procuraba hacerle más inteligibles los hechos que había de relatar por la mañana.

—¿De veras?

—¡Oh! Con todo mi corazón, señorita Luísa. ¡Sabría tanto! Todo lo que ahora me causa tanta pena, entonces me parecería muy fácil.

—Pues no ganaría V. mucho.

Cecilia contestó con humildad, y después de un momento de vacilación:

—Me parece que nada podría perder.

Luísa replicó que nada le contestaría.

Las relaciones que existían entre las dos jóvenes eran tan superficiales, bien fuese porque la existencia de los habitantes de Pierre-Loge se deslizaban con una regularidad mecánica demasiado monótona para no desanimar cualquier intervención humana, bien porque una condición expresa prohibía la alusión más insignificante á la vida anterior de Ceci: lo cierto es que apenas se conocían. Ceci, fijando en el semblante de Luísa sus grandes ojos negros, que re-

trataban la sorpresa, permaneció indecisa, sin saber si debía continuar hablando ó guardar silencio.

—V. tiene mejor humor que yo, y presta mejores servicios á mi madre (replicó Luísa). V. tiene consigo misma más benevolencia que yo

—Pero.... yo soy una tonta.

Luísa, con una risa más franca que de costumbre, le dijo que no tardaría en hacerse muy sabia.

—V. no sabe (dijo Ceci llorando) cuán ignorante soy. Mientras dura la clase, no hago otra cosa que cometer faltas. El maestro y la maestra me preguntan, y siempre, siempre contesto mal. No puedo evitarlo. Es natural en mí.

—¿Y V. cree que el maestro y la maestra no se engañan nunca?

—¡Oh, no! Si saben mucho.

—Refiérame V. alguna de sus faltas.

—Si apenas me atrevo; me da mucha vergüenza (contestó Ceci con repugnancia). Por ejemplo: hoy mismo Mr. Mac Choakumchild nos explicaba la prosperidad natural....

—Nacional, creo que diría; nacional,—replicó Luísa.

—Sí, tiene V. razón. ¿Pero no es todo una misma cosa?—preguntó Cecilia con timidez.

—Puesto que dijo nacional, debía V. haber

dicho lo mismo,—replicó Luísa, con la sequedad y reserva que en ella eran habituales.

—Prosperidad nacional. Nos ha dicho: Figuraos que esta sala es una nación, y que esta nación tiene de riqueza cincuenta millones; ¿no disfruta esta nación de una gran prosperidad? Niña número veinte, ¿no es esta una nación próspera, y no debe V. felicitarle por ello?

—¿Y V. qué contestó?

—Contesté que no sabía una palabra de lo que me preguntaban. Creí que no podía saber si la nación prosperaba ó no prosperaba, ni si debía felicitarle ó sentirlo, antes de saber si había dinero ó si me tocaba alguna parte. Pero esto no tenía relación con el asunto. Eso no estaba en las cifras,—dijo Ceci, enjugándose los ojos.

—En eso cometió V. un grande error,—observó Luísa.

—Sí, señorita Luísa; ahora lo sé. Entonces dijo Mr. Mac que iba á darme un medio de herir la dificultad. «Esta sala (dijo) representa una ciudad inmensa, y contiene un millón de habitantes, y entre estos habitantes no hay más que veinticinco que mueren de hambre por las calles cada año. ¿Qué observaciones se le ocurren á V. acerca de esta proporción?» La única observación que me ocurrió, porque no hallé otra más á la mano, fué decir que para los que morían de

hambre debía ser indiferente que tuviese la ciudad un millón de habitantes ó un millón de millones. Pero, por lo visto, también me equivoqué.

—Es evidente.

—Entonces Mr. Mac dijo que aún no deseperaba. He aquí la mímica, exclamó....

—Diría la estadística.

—Justo, la estadística; siempre las confundo; he aquí la estadística de los accidentes ocurridos en la mar. Y hallo, dijo el maestro, que en un tiempo dado, cien mil personas se han embarcado para remotos climas, y sólo quinientas han perecido quemadas ó ahogadas. ¿Qué tanto por ciento dan estos datos? Y contesté, señorita (añadió Ceci, sollozando como para atestiguar el sincero arrepentimiento de sus errores), que eso importaba muy poco....

—¿Muy poco?

—Sí, señorita; muy poco ó nada, á los parientes y amigos de los muertos. Yo no aprenderé en mi vida. Y lo peor de todo esto es que aunque mi pobre padre deseaba tanto hacerme aprender cualquier cosa, y aunque yo tenía muchas ganas de complacerle, me inspiraban un odio mortal las lecciones.

Luísa continuó mirando aquella linda y modesta cabeza que se bajaba avergonzada en su presencia, hasta que Ceci la levantó para inte-

rrogar el semblante de su interlocutora. Entonces ésta le preguntó:

—¿Su padre de V. era algún sabio, cuando tanto deseaba instruirla?

Ceci vaciló antes de responder, é hizo ver tan claramente su sentimiento de entrar en un terreno prohibido, que Luísa añadió:

—Nadie nos oye, y además, nadie podría censurar una pregunta inocente.

—No, señorita (contestó Ceci, animada por estas palabras); papá no sabe casi nada. Apenas puede escribir, y apenas hay nadie que pueda leer lo que escribe, excepto yo, que lo leo de corrido.

—¿Y su madre de V.?

—Papá me ha dicho que era una mujer muy sabia. Murió cuando yo nací. Era.... (Ceci temblaba de piés á cabeza al hacer esta confesión). Era una bailarina.

—¿Y la amaba su padre de V.?

Luísa hacía estas preguntas con el interés vivo, atolondrado, que le era propio; interés que, sintiéndose proscrito, se desbordaba á izquierda y derecha, para ir á ocultarse en cualquier asilo solitario.

—¡Oh! sí; la amaba con mucha ternura. Por amor á ella empezó á amarme. Siempre me llevaba consigo desde que apenas pude andar. Después no nos separamos nunca.

—Y sin embargo la ha abandonado.

—Únicamente por mi bien. Nadie comprende á mi padre tanto como yo. Al dejarme por mi bien, pues por el suyo estoy segura de que nunca me hubiera dejado, ha sufrido una prueba que le partirá el corazón. No gozará un solo instante de ventura hasta que vuelva á verme.

—Háblame algo de él (dijo Luísa): después no volveré á tocar esta conversación. ¿En dónde vivíais?

—Viajábamos por toda Inglaterra, y no teníamos domicilio fijo. Mi padre era clown.

Ceci pronunció en voz baja el terrible monosílabo.

—¿Hacía reír á las gentes?—dijo Luísa, moviendo la cabeza en señal de que había comprendido la palabra.

—Sí; pero algunas veces el público no quería reír, y entonces mi padre lloraba. Ya hacía algún tiempo que el público no se reía, y mi padre volvía á casa desesperado. Mi padre no se parecía á los demás hombres. Los que no le conocían tan bien como yo, y no le amaban tanto, creían que su cabeza estaba trastornada. Algunas veces le recibían con silbidos; pero esto le causaba un daño inmenso. No se puede V. figurar cuánto se desesperaba al quedarse sólo conmigo.

—¿Y eras tú su único consuelo?

Ceci respondió con un movimiento afirma-

tivo de cabeza, en tanto que las lágrimas inundaban su rostro, y después añadió:

—Creo que sí, porque me lo repetía sin cesar. Porque se había hecho tan temeroso y desconfiado, y porque sabía que era un pobre hombre débil é ignorante (estas eran sus palabras), tenía tanto empeño en que yo aprendiese mucho para que no me pareciera á él. Le leía con frecuencia para darle valor, y gozaba mucho oyéndome. Eran malos libros; sé que de ellos no debo hablar aquí; pero nosotros lo ignorábamos.

—¿Y le agradaban mucho?—preguntó Luísa, cuya mirada escudriñadora estaba fija en Ceci.

—¡ Oh , mucho ! Muchas veces le hicieron olvidar sus penas, y frecuentemente, al llegar la noche, ya no pensaba en sus sufrimientos : solamente preguntaba si el sultán permitiría á la esclava acabar su historia , ó si mandarían cortarle la cabeza antes de terminarla.

—¿Y siempre tu padre ha sido bueno para tí?—preguntó Luísa, olvidándose de todo, pues cada vez se admiraba más y más.

—Siempre , siempre ( replicó Ceci , juntando las manos ). Mejor , mucho mejor de lo que V. puede imaginarse. Solamente se incomodó una noche, y no conmigo, sino con Patalista. Patalista ( la niña pronunció en voz baja este hecho terrible ) es el perro sabio.

—¿Y por qué se incomodó con el perro?—preguntó Luísa.

—Poco antes de volver del circo, le mandó á Patalista que saltase por encima de los espaldares de dos sillas, y que se estuviese inmóvil con los pies en uno y las manos en otro. El perro miró á mi padre, y no obedeció en seguida. Aquel día todo le había salido mal á papá, y no consiguió dar gusto al público. Creyó que hasta el perro veía que ya estaba viejo, y no tenía de él compasión. Le pegó al perro, y á mí me dió miedo.... «Papá, le dije: no lastimes á ese pobre animal que tanto te quiere. Papá, detente, y que Dios te perdone.» Se contuvo; pero el perro echaba sangre, y papá se sentó en el suelo con el perro en brazos, y lloraba como una Magdalena, mientras el animalito le lamía la cara.

Luísa vió que Cecilia sollozaba; se le acercó; le dió un beso; la cogió la mano, y se sentó junto á ella.

—Cuéntame, por último, cómo te dijo tu padre. Ya que tanto te he preguntado, déjame que te moleste por última vez. Si en esto hay responsabilidad, será mía y no tuya.

—Querida señorita Luísa (dijo Cecilia, cubriéndose los ojos, y sin dejar de sollozar); volvía de la escuela aquella tarde, y mi pobre padre al mismo tiempo del circo. Se mecía en la silla delante del fuego; me parecía que sufría

mucho, y le pregunté: «¿Te has hecho daño, papá?», lo cual le sucedía con bastante frecuencia. Él me respondió: «Sí, un poco, hija mía;» y cuando me acerqué para observarle mejor, vi que lloraba. Cuanto más procuraba observarle, más se cubría el rostro: todos sus miembros temblaron, y repitió una vez y otra: «¡Hija mía! ¡Amor mío!»

En este momento entró Tomás en la estancia jadeando, y contempló á las dos jóvenes con una sangre fría, que denotaba que su propia persona era lo único que tenía el privilegio de interesarle.

—Estaba haciendo algunas preguntas á Ceci (le dijo su hermana), y no tienes para qué irte: solamente te suplico que nos dejes hablar un instante, querido Tomás.

—Está bien; pero ha venido el viejo Bunderby, y yo quería que bajases al salón, porque apuesto ciento contra uno á que si bajas, me convidará á comer; y si no bajas, me llevaré chasco.

—Bajo al momento.

—Pues aquí te espero, para que no olvides tu palabra.

Ceci continuó de este modo, bajando un poco la voz:

—En fin, mi pobre padre me dijo que aquella noche no había dado gusto al público; que cada vez desagradaba más; que era una ver-

güenza y un deshonor para mí pertenecer á su familia, y que mi suerte cambiaría no estando á su lado. Yo le dije cuantas expresiones cariñosas me dictó el corazón, y poco á poco se fué tranquilizando. Entonces me senté á su lado, y le conté lo que había pasado en la escuela; todo lo que me habían dicho; todo lo que se había hecho. Cuando ya no tuve nada que contarle, me rodeó con los brazos el cuello, y me besó repetidas veces. Después me mandó que fuese á buscar la droga de que se servía para curarse las contusiones. Tuve que ir al otro extremo de la ciudad, y habiéndome besado otra vez, me dejó partir. Apenas había bajado la escalera, volví á subirla para acompañarle un momento más; abrí la puerta, y le dije: «Papá, ¿me llevo á Patalista?—No, hija mía (me contestó): no te lleves nada de lo que me pertenezca.» Le dejé sentado junto á la chimenea. Estoy segura de que entonces le ocurrió el pensamiento de dejarme. ¡Pobre padre, pobre padre! Estoy segura de que no le movió otra consideración que mi bien. Cuando volví, ya había partido.

—Luísa, que nos olvidamos de Mr. Bounderby, —interrumpió impaciente Tomás.

—Nada más tengo que contar á V., señorita Luísa, á no ser que conservo la botella en que traje la droga, y que estoy segura de que volverá mi padre. Cada carta que cae en manos de

Mr. Gradgrind, me corta la respiración y me turba el sentido, porque me figuro siempre que es de él ó de Mr. Sleary, dándonos noticias suyas, porque Mr. Sleary ha prometido escribir en el momento en que las tenga, y no hay miedo de que falte á su promesa.

—Vamos, Luísa; que nos olvidamos del viejo Bounderby (dijo Tomás, silbando impaciente). Si no vienes pronto, se marchará.

Desde aquel día, siempre que Cecilia saludaba á Mr. Gradgrind delante de sus hijos, y le decía con voz algo temblorosa: «Perdóneme V. si le incomodo; pero... pero ¿ha recibido V. alguna carta que me interese?», Luísa interrumpía su trabajo, por muy importante que fuera, y aguardaba la respuesta con tanta ansiedad como Cecilia. Y cuando Mr. Gradgrind contestaba invariablemente: «No, Jupe; no he recibido ninguna carta de ese género,» el estremecimiento que agitaba los labios de Ceci se reproducía en las facciones de Luísa, y su compasiva mirada acompañaba á Ceci hasta la puerta. Mr. Gradgrind se aprovechaba siempre de estas ocasiones para dar una lección, observando que si Cecilia hubiese sido educada á tiempo, y de la manera conveniente, se hubiera demostrado á sí misma, apoyada en principios irrecusables, que era una temeridad abrigar las fantásticas esperanzas con que tanto se distraía su imaginación,

pues el desgraciado creía á pié firme que una esperanza quimérica no puede apoderarse del espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho positivo.

Pero si él no lo sabía, en cambio su hija lo había adivinado. En cuanto á Tomás, llegaba, como otros muchos habían llegado antes que él, á ese resultado triunfal del cálculo, que consiste en no ocuparse más que del *número uno*, es decir, de sí mismo. Y en cuanto á la señora Gradgrind, si hablaba alguna vez de esto, era para decir, desprendiéndose un tanto de los envoltorios y chales en que se refugiaba como una marmota humana:

—¡Bondad divina! ¡Cuánto lastima y maltrata mi cabeza oír á esa niña Jupe preguntar con tanta insistencia por esas fastidiosas cartas! Palabra de honor: parece que estoy consagrada, destinada y condenada á vivir en medio de cosas que no acaban nunca. Verdaderamente es muy extraordinario; pero estoy en que jamás he de ver el fin de nada de cuanto me rodea.

Al llegar á este punto de su discurso, sentía que se fijaban en ella las miradas de Mr. Gradgrind, y bajo la influencia de este hecho glacial, volvía á recaer en su letargo.

## CAPÍTULO X.

### Esteban Blackpool.

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado á un trabajo tan rudo como ninguno de los demás pueblos á quienes alumbra el sol; será una idiosincrasia, una debilidad personal, si lo queréis, pero que me conduce á creer muy natural el particular interés que me inspiran los trabajadores.

El barrio más laborioso de Cokeville, detrás de las fortificaciones más íntimas de aquella fea ciudadela, donde la naturaleza había desaparecido ante la industria del hombre, que detenía prisionera una atmósfera de miasmas y de gas mefíticos; en el centro de aquel laberinto de calles estrechas, amontonadas unas y otras después de haber venido al mundo una á una, con grande prisa de responder á las necesidades de tal ó cuál individuo; componiendo el todo una familia desnaturalizada, cuyos individuos se confunden, se empujan y se maltratan de la manera más cruel; en el fondo y en el rincón más